

Efectos de la globalización en el mundo campesino. Cantabria en el marco de la Unión Europea

Xose Ramón Cendán y Alejandro Mazorra son dos de las personas que participaron en las Jornadas Desarrollo Rural 2001.

Para esta publicación, hemos querido acercarnos a la situación actual a través de una entrevista con ellos. Como veteranos del movimiento asociativo y sindical, nos permitirán acceder a la visión que el mundo campesino tiene de sí mismo y del presente.

ASOCIACIÓN ECOS: Hola Xose Ramón, hola Alejandro. Muchas gracias por participar en estas jornadas y por ayudarnos a elaborar esta publicación que esperamos sea útil, tanto para entender la situación actual como para animar a acciones individuales y colectivas que ayuden a mejorarla.

XOSE RAMÓN CENDÁN: Buenas tardes. Antes de nada, gracias a la asociación ECOS por invitarnos a hablar de los efectos de la globalización en el mundo campesino.

ALEJANDRO MAZORRA: Buenas tardes. Yo también quiero agradecer a ECOS que nos invitara a participar en las jornadas y no querría empezar sin decir que me sentí encantado en Torrelavega, al ver tanta gente joven de la ciudad interesada por los temas agrarios; porque cuando nosotros hacemos este tipo de reuniones en el campo da pena ver cómo quedan sólo los brazos de la gente mayor, con lo bien que se podría vivir en el campo si se dieran condiciones distintas de las que dominan hoy.

X.R.: Yo vengo en nombre de una organización gallega (Sindicato Labrego Galego) y como miembro de la comisión ejecutiva de la Coordinadora Campesina Europea (CPE), integrada por dieciocho organizaciones continentales, y que, a su vez, pertenece a la Vía Campesina, un movimiento campesino implantado ya por todo el mundo.

Para empezar, me gustaría recordar que hay una parte muy importante del mundo en la que los campesinos son la población mayoritaria. Por ejemplo, sólo en la India, son más personas que toda la población europea y estadounidense juntas. En América central, parte de América del Sur (sobre todo los países andinos) y África, ocurre algo similar, cerca del 80% de la población es campesina.

Es decir, no estamos hablando de cifras como las europeas, como las de Cantabria, donde entre un 3 y un 4% de población es campesina. Por tanto, hay que decir que los efectos de la globalización sobre el mundo campesino recaen sobre una gran parte de la población mundial.

Y además, al hablar de globalización y de sus efectos en este grupo de personas, está claro que el tema fundamental es el de la alimentación y la agricultura, pero hay efectos colaterales también en otras áreas, en los que las organizaciones campesinas también tratamos de incidir.

■ Hablar de efectos de la globalización quizá sea demasiado abstracto. ¿Cómo se llega más inmediatamente a esta situación? ¿Qué factores la desencadenan?

X.R.: Pues bien, una vez matizada la idea de mundo campesino, tenemos que hablar un poco de los países supuestamente más desarrollados. Desde la crisis de los años 30, las principales potencias han tratado de desarrollarse en torno al comercio. Para ello, una cuestión básica era la liberalización de las fronteras, con el fin de aumentar el comercio y hacer crecer sus economías. Es el momento en el que se crean instituciones como el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI), y se firman los acuerdos del GATT. Actualmente, estos últimos han sido sustituidos por la Organización Mundial del Comercio (OMC), que es quien dirige en este momento el proceso llamado de globalización económica. Su claro objetivo es, como digo, liberalizar los mercados y las fronteras, para que todo tipo de productos puedan entrar y salir sin aranceles y las empresas hagan transacciones donde y como quieran.

Nosotros decimos que todo esto ha producido unos efectos devastadores, porque no es un problema sólo de comprar y vender: desde esas institu-

ciones de las que hablamos, a la vez que se adjudican créditos y ayudas, se presiona a los países para que acepten unas reglas de comercio que van a suponer su propia fuente de hambre y subdesarrollo. Los acuerdos bilaterales se basan fundamentalmente en poder llegar con las multinacionales y en fomentar el comercio mundial.

Llegados a este punto, hay que recordar que este comercio mundial no llega ni al 10% de todos los intercambios de alimentos que tienen lugar en el mundo; sin embargo, este 10% somete al 90% restante de las transacciones mundiales a sus propias reglas.

Y por concretar en imágenes, todo esto hace que nos podamos encontrar situaciones tan pintorescas como que la Unión Europea acabe vendiendo leche en la India a un precio al que los productores indios no lo pueden colocar en el propio mercado del pueblo; y estamos hablando de 20 pesetas, es decir, la quinta parte del precio al que lo compramos todos nosotros. O que esta misma UE venda carne congelada en Ghana tres veces más barata de lo que le cuesta a un productor local poner la carne en su mercado. En Mozambique, un productor de hortalizas ya no puede colocar sus productos en su propio mercado por el precio al que han llegado. Y en Colombia, Nestlé empezó pagando el café mucho más caro que lo que pagaban las empresas locales, haciéndose en poco tiempo con casi toda la producción y las instalaciones para tratar el café colombiano; a partir de entonces, empezó a pagar por debajo de las 125 pesetas el kilo de café bueno de Colombia, lo cual provoca, primero, que en Colombia tienen que importar café porque ya no es rentable recoger el suyo; y, segundo, que la mayoría de la población no puede tomar café porque el precio -una vez importado- supera las 1.000 pesetas el kilo.

■ ¿Y todo esto se está haciendo en el mundo en nombre del libre comercio?

X.R.: Sí, aunque estos ejemplos son más conocidos como *dumping*. Lo que he contado es cómo y para qué lo usan las empresas en las relaciones comerciales mundiales y qué efectos tiene sobre los productores y sobre los consumidores.

Me estoy acordando ahora de lo que contaban los africanos en una de las últimas reuniones de la Vía Campesina: *«nosotros tenemos las tierras arruinadas de producir cacao, pero es que nosotros nunca comimos cacao; lo que ocurrió es que, en la colonización de los países europeos, nos impusieron producirlo para el consumo de los europeos, acabando, por otra parte, con las producciones de las que nos alimentábamos»*.

■ Este tipo de medidas, como dices, tienen unos efectos intensos en la población. ¿Cómo avanza este proceso?

X.R.: En este sentido, una parte de la iniciativa es de las empresas multinacionales, pero otra muy importante es responsabilidad de las políticas agrarias. Por ejemplo, la carne que la UE exporta a Ghana tiene una prima al productor, otra al ternero, que puede suponer entre quince y veintitrés pesetas, más un complemento -si esa explotación es extensiva- que puede llegar a las dieciséis mil pesetas. En total, el ganadero puede sacar noventa mil pesetas (el que las saca, que no son todos). De ellas saca su renta, vendiendo por debajo de los precios de coste, después de la crisis de las vacas locas. Posteriormente, la empresa que comercializa la carne tiene restituciones a la exportación, es decir, subvenciones que la UE le da para vender fuera de Europa. Y así es cómo nuestros productos arruinan sin que nosotros lo sepamos a los productores de Ghana, para que sirva de ejemplo.

Los países más pobres del mundo, para acceder a tratamiento contra el SIDA para una minoría de su población, o para cubrir cualquier necesidad de infraestructura, acuden a instancias como el FMI o el BM y reciben créditos. Pero estos créditos vienen acompañados de un pliego de condiciones, entre las que se encuentra la obligación de abrir sus fronteras a esa carne, leche, o lo que sea. Y si no, no hay préstamo.

■ ¿Y cómo es posible que no haya más rechazo social a todas estas medidas?

X.R.: Sí lo hay. Desde aquí es desde donde se puede (y se debe) entender la crítica por falta de democracia que los movimientos campesinos, y en general el movimiento antiglobalización, hacemos a estas institucio-

nes. Están presionando económicamente a los países a destruir su capacidad de decidir cómo quieren alimentarse.

Pero es que, además, las empresas que se favorecen de las medidas que imponen estas instituciones no sólo pertenecen al ámbito de la agricultura, también aparecen en sanidad, educación, cultura,... El mercado trata de abrir nuevos yacimientos de inversión y acumulación de capital aunque sea creando hambre.

Pero, claramente, sí existe una gran respuesta social a estas medidas, a pesar de que a menudo aparezcan atenuadas, tergiversadas o incluso criminalizadas a través de los medios de comunicación.

■ Dices que así es como se puede entender el movimiento antiglobalización; antes decías que a menudo aparece tergiversado o criminalizado. ¿Qué crees que piensa una personas normal sobre todas las cuestiones que planteáis de la soberanía alimentaria?

X.R.: Yo creo que hay mucha gente que, desde el primer mundo, se pregunta: ¿y con un número tan alto de campesinos, cómo es que no producen lo suficiente?

Y para responder a este tipo de preguntas, hay que recordar que, en recientes estudios técnicos, se comprueba cómo la producción por persona puede ser de 1 a 100 o de 1 a 1.000, dependiendo de la cantidad de tecnología con la que se produzca. Pues bien, en los cincuenta países más pobres del mundo se produce sin ninguna tecnología. Si a esto le sumamos los costes de transporte de alimentos a los mercados locales, recordando la falta total de carreteras y caminos, es fácil imaginar la fragilidad de estas economías campesinas.

Nuestro reto es acercar la parte menos conocida, es decir, que a esta situación hay que sumarle los comentados estragos que producen las políticas del Fondo, el Banco y la OMC. En ocasiones, con el tipo de operaciones de las que antes poníamos ejemplos: con una primera fase de apertura de las fronteras para la entrada de productos extranjeros a bajo coste (con subvención), una segunda fase de hundimiento más o menos inmediato

de las producciones locales y una última fase de alza continuada de los precios una vez conseguido el monopolio del mercado.

Otras veces, esos créditos y ayudas vienen condicionados a que el país en cuestión dirija sus cultivos a productos extraños y a menudo no comestibles, de forma que si cae su precio en el mercado, las comunidades se encuentran sin capacidad de compra de alimentos más la inutilidad nutritiva de lo que cultivan.

Estas son las causas, junto con las guerras y otros conflictos, que han provocado en las últimas décadas las hambrunas más violentas, mientras el primer mundo ve el telediario sin conocer la responsabilidad que tiene en ello.

■ El movimiento antiglobalización, en concreto la sección campesina de este movimiento, ¿qué más tiene además de lo que ya habéis contado?

X.R.: Sí, a partir de estos hechos, en los últimos años, ha comenzado un movimiento de globalización de la lucha contra todas estas políticas que tanto afectan al mundo campesino. A partir de organizaciones importantes de los cuatro continentes, hemos logrado constituir una alternativa a nivel mundial, el movimiento de la Vía Campesina; cuya potencia no está sólo en participar en manifestaciones, sino también en la capacidad de ir creando su propio discurso de análisis y resistencia.

Como digo, en Vía Campesina se piensa que la política actual, aparte de provocar hambre, destruye el medio ambiente de forma importante. A lo que vemos desde aquí, hay que sumarle casos como el del cacahuete en África, cuya producción intensiva ha destruido las mejores tierras que el continente tenía para alimentarse.

Para introducir de una forma breve, Vía Campesina ha acuñado unos cuantos términos importantes. En primer lugar, la soberanía alimentaria, que lo que defiende es el derecho que tiene cada región, si está conformada y existe, a establecer democráticamente sus propias producciones así como sus precios; y tiene derecho a proteger sus fronteras para desarrollarla.

■ Uno de los factores destacados estos días, en las charlas y debates, como base de muchos efectos negativos es la orientación exportadora de la producción europea. Pero, ¿qué pasaría si Europa renunciara al mercado de agroalimentarios? ¿Es posible la liberalización en la OMC sin la complicidad europea? ¿No se beneficiarían de esa renuncia países como Canadá, EEUU, Australia o las corporaciones estadounidenses en América Latina?

X.R.: Llega el momento de recordar que quien más está tirando porque se organice y desarrolle la cumbre de la OMC en Qatar es la propia UE. Europa es, pues, un actor fundamental, y si su postura fuera buscar otro modelo, detrás hay muchos países que seguirían esa vía. Sin embargo, si todas las instituciones neoliberales -más Estados Unidos y Europa- aprietan, estos países no tienen más remedio que ceder a las presiones.

También hay que recordar que si la OMC no avanzó más en su día se debió a que países como India no firmaron los acuerdos por la presión social de las movilizaciones en sus propios países. Las movilizaciones de Bolivia, por ejemplo, aquí se titulaban «revueltas indígenas», pero realmente fueron revueltas indígenas por la propia soberanía alimentaria, para impedir que se aprobaran artículos que «los ponían» a morir de hambre. Es decir, este movimiento incipiente, con muchos problemas, ya ha conseguido frenar ciertas medidas que estaban previstas.

A mí me parece prioritario cambiar la política europea, porque tenemos que empezar por nosotros mismos; y exigir esos mismos cambios a nivel mundial. Y se puede contar con aliados, tanto de la sociedad civil, sin ser productores agrarios, como productores agrarios del resto del mundo.

Y, concretamente, la UE mejoraría su posición ante los países del sur liderando el abandono de las ayudas a la exportación, la deslegitimación internacional de todo tipo de *dumping* y la retirada de los agroalimentarios de la OMC, para pasar a un organismo de la ONU para agricultura y alimentación.

■ Miremos por un momento dentro de la propia Unión Europea. ¿Cuál es la situación del campesinado en Cantabria?

Alejandro Mazorra: Según los analistas, la ganadería familiar está pasando por la mayor crisis que se ha conocido en toda la historia y, si no se toman medidas rápidas y claras, la nueva política neoliberal, liderada por grandes multinacionales, la echará abajo.

Actualmente ya han desaparecido muchos criaderos de pollos, cerdos, granjas de engorde de terneros,... que pasaron a manos de las grandes integradoras y a unos niveles de producción inalcanzables para las explotaciones familiares.

■ ¿Cuáles son las causas de esta situación?

A.M.: Cuando España entró en Europa, en Cantabria había 28.000 explotaciones entre carne y leche, ganaderías en base a tierra, que tenían malos accesos, buenas técnicas de manejo, mucho trabajo, pocos medios y poco dinero. En aquel momento se calificó como una ganadería tercermundista. Recordando esto, es fácil entender que, en Cantabria, el sistema liberal capitalista se recibiera con ilusión. Los que mandaban decían que, con catorce mil ganaderos, íbamos a vivir bien; después, que era necesario bajar a siete mil; hasta ahora, que hay tres mil ochocientos de leche y tres mil ochocientos de carne y la dinámica sigue siendo decreciente.

Un ejemplo de a dónde vamos es EEUU, donde sólo un 1% de la población que trabaja lo hace en el campo, cuando, previamente, han extorsionado y acabado con la mayoría de las explotaciones familiares. Un dato llamativo de la sociedad norteamericana es que hay más gente en la cárcel que trabajando en el campo.

■ Pero, ¿por qué se dio ese descenso de producciones al entrar en la Unión Europea?

A.M.: Al entrar en la Comunidad, en 1984, se fue negociando todo, dejando la ganadería para lo último. Finalmente, la PAC asignó una cuota a los productores según la producción de aquel año, una producción que fue muy baja. Además, las malas relaciones con el gobierno central hicieron que se rebajara un 15%, mientras en las comunidades goberna-

das por los socialistas sólo perdieron el 5%; nosotros no tuvimos ni información ni tiempo para que los ganaderos pudiéramos remediarlo.

Posteriormente, el reparto se concretó de manera injusta, ya que las ayudas por pérdida de rentas se daban dependiendo directamente de las vacas, las fincas y no de la renta de las personas. Esto provocó que se concentraran estas ayudas en muy pocas manos, agrandando las diferencias y enriqueciendo a alguna gente. En dos palabras, al que tenía una cuota pequeña sólo le quedaba intentar comprar más para sobrevivir, lo que le dejaba en una posición aún peor que antes.

Cantabria también fue desfavorecida por la PAC a la hora de recibir la ayuda para compensar las pérdidas de renta, que era de 15 céntimos por cada peseta producida, mientras comunidades como Castilla-León reciben 45 céntimos por cada peseta producida. Este desfase carece de sentido si pensamos que en Cantabria hay más de 3.000 ganaderos de alta montaña con enormes pérdidas.

Esta acumulación de medidas negativas nos hace corroborar la idea de que, dentro de la Comunidad Europea, no se valora en absoluto al pequeño ganadero.

Y por si todo esto fuera poco, las empresas empezaron a aplicar a la leche los precios por volumen, lo cual hace un daño tremendo a la explotación familiar y, otra vez, a los ganaderos que tienen poca cuota. También por Galicia pasa esto, ¿no?

X.R.: Sí, eso pasa en toda la Cornisa Cantábrica, que es la gran discriminada por Madrid, y, por ello, también en Bruselas.

A.M: Pues, como digo, éste es un factor que está marcando enormemente al sector, diciéndole «o produces más y te haces mayor, o te vas», promoviendo el modelo productivista, en el que lo que prima es la cantidad.

Si pensamos en dos ganaderos vecinos que producen leche de la misma calidad y uno vende 100 litros y el otro 1.000, se le compra su leche 10 pesetas más caro al que vende más litros.

En resumen, las primas de volumen han tenido un efecto claro en la reducción del número de ganaderos y la reconversión.

Esto responde a las reglas de mercado marcadas por las empresas para defenderse de las propias cuotas, con el argumento de que a ellas les requiere más gasto la recogida de leche de muchos productores pequeños que de uno grande. Pero es la guerra de exterminio contra los pequeños ganaderos que, al cobrar esas ocho pesetas de menos, no sólo ingresan menos sino que, además, se sienten menospreciados. Sin embargo, las empresas no deberían poder ejercer este jaque a la producción familiar.

■ Y ante esto, ¿cómo han reaccionado los ganaderos?

A.M.: Sólo hay dos zonas, Selaya y Soba, que han aguantado con ganaderos pequeños; y no hay que buscar mucho las razones, porque en estas zonas no se han aplicado estos precios según volumen.

Si se llega a la permisividad de producción, el precio de la leche bajará y se irá ajustando según los costos de los ganaderos más grandes. Esto producirá la desaparición de otros ganaderos que están intentando afinar su producción sin fincas.

Sin embargo, antes de entrar más en eso, me gustaría comentar otra cosa que ha afectado grandemente a toda la cornisa. Me refiero a los acuerdos de libre comercio del GATT. En esos acuerdos hubo un hecho importante, el reparto del mercado entre estados Unidos y Europa: los norteamericanos se cogieron el mercado de proteínas vegetales, con la soja como principal representante; y Europa la cebada. Esto ha sido un problema añadido para la ganadería.

Estos acuerdos se concretan en ayudas, subvenciones que van empujando a que abandonemos el consumo de forrajes, de pastos, para los que Cantabria está muy bien dotada, y que nos pasemos al carro mezclador, a los piensos o a las harinas de carne. Con una propaganda importante, están haciendo que se queden sólo los que industrializan la producción y se vayan las explotaciones familiares que producían en base a hierba.

Y por último, vuelven a aparecer las multinacionales, que, además de controlar lo que producimos, controlan el semen, las semillas, la maquinaria, los antibióticos, pesticidas, herbicidas, nitrógeno, el dinero, los organismos modificados genéticamente y también parte de la información y algunas de las OPA's.

Resumiendo, que, desde entonces, la ganadería de Cantabria lleva muchos años oscilando con una renta media entre el 40 y el 60 % de la renta del resto de la población. Sube un poco a medida que disminuye el número de ganaderos, pero cuesta mucho que siga creciendo porque cada vez es más caro subir la producción y las ganancias son menores. En cuanto al número, han desaparecido, desde 1977, veinte mil ganaderos, casi a mil ganaderos por año.

Creo que si no ponemos énfasis entre todos, la ganadería familiar puede desaparecer de los campos de Cantabria y de toda la cornisa, a pesar de que es competitiva.

■ ¿Y cómo es la situación en relación con el vacuno de carne?

A.M.: Los precios de la carne se han desplomado, aunque en este caso los ganaderos sí que tienen ayudas por terneros y por vaca. Estas ayudas vienen a compensar las pérdidas, a fomentar la utilización del territorio y la cría de terneros que ceban a las grandes integradoras de Cataluña, Cantabria, etc. Sin embargo, sin ayudas, desaparecería una parte muy importante de lo que es el sector cárnico.

■ ¿Qué podemos decir de los alimentos genéticamente modificados (OGM), también conocidos como transgénicos? Al igual que en su día la revolución verde, se dice que pueden ser la solución al hambre en el mundo.

X.R.: Pues hay que decir que, al ritmo que vamos, dentro de poco tiempo, Monsanto, Novartis y otras compañías tendrán en su poder prácticamente todas las semillas del mundo. Estas semillas, además de que nadie garantiza cuál ni de qué intensidad son o serán sus efectos, tienen la característica de ser invasoras, es decir, contaminan las plantaciones y

semillas de las variedades no transgénicas. De esta forma, un productor lo tiene realmente difícil para mantener las variedades no transgénicas.

Y de esta forma se está imponiendo, tanto a productores como a consumidores, aceptar unos alimentos muy cuestionados por su dudosa seguridad. De los miles de arroces que hay, en poco tiempo, todas sus semillas estarán en manos de estas multinacionales, de forma que los países más pobres del planeta pasarán a tener que comprarlas reiteradamente. Si ponemos como ejemplo los países andinos, en los que miles de familias viven con una dieta basada en el arroz y sin ninguna capacidad de compra es fácilmente imaginable cómo se agravará la crisis alimenticia cuando tengan que comprar las semillas para plantar cada año.

■ En relación con ello, pero con categoría propia, está todo el asunto de la soja y los acuerdos entre Estado Unidos y Europa. ¿Nos podéis explicar algo más sobre esto?

X.R.: Sí, como decía Alejandro, el monopolio de esta leguminosa está en manos de las multinacionales de USA. Tras la Segunda Guerra Mundial, y definitivamente en 1973, la UE firmó con Estados Unidos los acuerdos de Blair House, en los que Europa se comprometía a no producir proteínas vegetales y a importar millones de toneladas libres de impuestos y aranceles de América. Pues bien, esos acuerdos se reafirmaron en 1994, con la condición de que Estados Unidos permitiera a Europa seguir subvencionando sus productos para la exportación. Por eso, Europa tiene las manos atadas con la soja y, de paso, con los transgénicos.

■ Antes, al hablar de los efectos en los países pobres del comercio internacional de agroalimentarios, nos ha quedado una duda. ¿Esas líneas quieren decir que estáis en contra de que haya comercio internacional?

X.R.: No, no. Lo que queremos decir es que cada región o estado debe conservar el derecho de regular ese comercio, para no perder su capacidad de alimentarse a sí mismo o incluso de comer, integrando la perspectiva cuantitativa, la cualitativa y la cultural.

Yo, por ejemplo, soy un defensor de los aranceles. ¿Que la Unión Europea quiere llevar leche a 20 pesetas el litro a la India, a pesar de que cuesta 60 colocarla en el mercado? En ese caso, India debe poder cargar 45 pesetas de arancel o una norma sanitaria (que la UE y Estados Unidos las utilizan cuando quieren). De esta forma, la UE acabaría renunciando a invertir ese dinero en exportación y lo dedicaría a mejorar la calidad o las connotaciones sociales de su agricultura.

Lo que ocurre es que si socialmente no nos rebelamos contra esto, el país del tercer mundo, sobre todo si es de los más pobres, no lo puede hacer, porque se queda sin el crédito del FMI para tecnología o para poder comprar armas y pegarse con el país vecino.

■ ¿Qué queréis decir cuando habláis de región?

X.R.: Un ejemplo de región puede ser la Unión Europea; y donde no haya regiones supranacionales, se aplicaría la misma idea a los mercados nacionales. Asimismo, la idea de la soberanía alimentaria integra la preponderancia (y la reivindicación de políticas que la promuevan) de los mercados locales. Un ejemplo de mercado local podría ser Cantabria o Galicia y, como ejemplo de fenómenos que se quieren evitar, el del agua: en Galicia se bebe agua de Cantabria y en Cantabria se bebe agua de Galicia, lo que conlleva unos costes ambientales y económicos importantes, que no dan ningún beneficio a la población. Aplicando esto mismo, llegamos otra vez a reconocer el absurdo de que la carne de Europa vaya a Ghana y la leche destruya las producciones de la India.

■ Es cierto que desarrolláis un discurso creativo. ¿Y qué hacéis después de llegar a un concepto clave como el de soberanía alimentaria?

X.R.: Sí, una vez que hemos creado un concepto como éste, lo siguiente en la Vía Campesina es definir las propuestas para conseguirlo. Lo primero es el desarrollo de ese discurso de forma accesible, lo cual se plasma en la elaboración de los programas en relación con las políticas de las distintas regiones. En el caso de las organizaciones que somos de Europa, lo que hacemos es, como decimos, centrarnos en la Política Agraria

Comunitaria e intentar desarrollar otro tipo de PAC, mirando tanto las repercusiones a nivel interno como a nivel externo.

■ ¿O sea que aquí, en Europa, estáis preparando una versión de cómo debería ser la política comunitaria?

X.R.: Eso es. La PAC alternativa que debate y elabora la Coordinadora Campesina Europea y la Vía Campesina se estructura en una serie de ejes temáticos.

En primer lugar, un *eje de medidas externas*, entre las cuales se encuentra la eliminación del *dumping*: todas aquellas pautas que mantienen los precios por debajo del precio económico (o coste ambiental y social) de producción. Esto debe afectar tanto para lo que sale de Europa como para lo que entra. Nosotros también reconocemos que la base de estos desajustes es el objetivo de exportación del producto, por lo que uno de nuestros principios más importantes es el de producir desde Europa para Europa. Debemos adecuar la producción al consumo, para lo cual sería imprescindible eliminar las ayudas a la exportación.

■ ¿No entraría en contradicción con cierta posibilidad de mercado interregional?

X.R.: No, dejadme acabar. A pesar de esta medida, un pequeño porcentaje de la producción se podría vender fuera, siempre que esas ventas no conlleven problemas de seguridad alimentaria ni en destino ni en origen. Esto tiene sentido en productos que un país no pueda producir a pesar de necesitarlos. Y al llegar a este punto, siempre insistimos en que estas medidas beneficiarían no sólo a los países más pobres del planeta sino también a la propia población europea.

■ Sí, sigue, por favor.

X.R.: El segundo eje sería el eje de precios e ingresos, que hace referencia a la necesidad ineludible de que los precios de la UE remuneren por entero a los agricultores y ganaderos; porque es una auténtica barbaridad que, para producir más barato, haya que estar inyectando continua-

mente enormes cantidades de dinero público a través de un tipo u otro de ayudas. De esta forma conseguiríamos evitar desfases de precios como el que se encuentran actualmente los productores de carne: desde la crisis de las vacas locas, el precio de la carne para el consumidor se mantiene más o menos como estaba o incluso ha subido y, sin embargo, a los productores se les ha bajado en un 30-50%, dependiendo de las zonas de la UE.

■ Sí, sobre lo que dices, tenemos un par de preguntas. La primera tiene relación con la exportación, las ayudas y el éxito de algunos grupos dentro del sector primario por la vía economicista y productivista. Frente a una versión triunfalista (y, de verdad, este es el último *-ista*), ¿cómo explicar eso de que las limitaciones a la exportación pueden venir bien a la propia Europa?

X.R.: Sí, bueno, primero hay que decir que los que han tenido éxito son los menos; son los que han querido, y podido, adaptarse al modelo de primar lo económico y el productivismo sin atender a la destrucción de empleos, la degradación cultural y la destrucción ambiental.

Después de recordar eso, hay que decir bien alto que Europa también tiene su propia inseguridad alimentaria. Tenemos una alimentación demasiado basada en la ganadería y, para alimentarla sin servirnos de la propia carne, necesitaríamos unas doce millones de hectáreas destinadas a producir proteínas vegetales, cuando tenemos escasamente cuatro. Esto hace que, desde la Segunda Guerra Mundial y más recientemente Blair House, el resto se importe de Estados Unidos; casi todo, como decíamos, en forma de soja. Es decir, si cambia la situación política mundial y, por la causa que sea, esa proteína vegetal deja de estar disponible, todo el modelo de alimentación europeo hace aguas. La Vía Campesina propone que nosotros controlemos nuestra propia alimentación, que tengamos soberanía alimentaria.

■ Por otro lado, recordemos que hay algunos productores que necesitan las ayudas para poder vender al precio; ¿qué hacer con ellos?

X.R.: Sí, creemos que es necesario que la producción, por ejemplo de leche, no se concentre en una zona de Europa (Europa central), sino que

esté repartida por todo el Continente. En vez de la concentración de las producciones en muy pocas zonas, nosotros recordamos que casi todas las producciones son realizables en muchas áreas y que es positivo mantenerlas lo más repartidas posible. Desde ese punto de partida, nosotros creemos que, en algunos casos, sí deben darse ayudas a la producción, pero el criterio debería ser ayudar a compensar la desigual aptitud de las zonas -por desventajas agroclimáticas, orográficas, etc- para una misma producción.

El tercer eje de la PAC alternativa es el modelo de producción, en el que están incluidas ayudas para la desintensificación de las explotaciones.

■ Ese es un tema que suscita bastante debate en Cantabria. ¿Se puede realmente revertir la producción hacia un modelo sostenible tanto social como ambientalmente?

X.R.: En Cantabria, por ejemplo, este eje se plasmaría en dar subvenciones a las explotaciones intensivas de leche y carne (también pollos, conejos, miel, etc.) para revertir las producciones hacia un modelo basado en los productos endógenos o naturales, o sea, la hierba. Sí que se puede provocar ese cambio con ayudas, con un respaldo, como se provocan todos los cambios de esta índole. Sin embargo, para ello es imprescindible detener obras como las de las plantas de biogás, que consumen miles de millones de pesetas públicas para neutralizar el estiércol de macroexplotaciones que no tienen tierras donde esparcirlo.

Este eje también incluiría medidas como la aplicación estricta de la directiva sobre nitratos, la prohibición del uso de antibióticos en los piensos, la congelación de las ayudas al drenaje, la concesión de ayudas a las granjas que favorezcan el mantenimiento de la biodiversidad y que respeten el bienestar animal; y, por último, el fomento de la investigación, formación y divulgación orientada hacia una agricultura campesina.

A.M.: Nosotros tenemos estudios hechos cuando el precio de la leche estaba a 45 pesetas que dicen que, a una explotación familiar que produzca en base a pastos, producir un litro de leche le sale a unas 22

pesetas, a una ganadería industrial le sale a 38 y a los que están en medio a unas 30 pesetas.

También hay estudios que dicen que el consumo energético de una ganadería no intensiva es de 0'5 unidades energéticas por unidad alimenticia, mientras una ganadería industrial consume 10 veces más por unidad alimenticia. Y sin embargo, entrando en el siglo XXI, con la conocida limitación del petróleo y las energías contaminantes, nos encontramos con 3.800 ganaderos de leche y 3.800 ganaderos de carne, de los 28.000 que teníamos hace 25 años.

Por otro lado, es un modelo que, como hemos dicho, conlleva mucho gasto económico. Solamente en Cantabria se consumen 10.000 millones de productos importados de fuera, entre los que están piensos, semen, antibióticos, pesticidas, etc.

Quiero recordar aquí los estudios en los que ha trabajado Gregorio Salcedo, consiguiendo resultados muy interesantes con forraje y 700 kilos de piensos por vaca. Si la producción se llevara por el camino que está marcando este hombre, nos ahorraríamos en Cantabria 7.500 millones de pesetas, para producir lo mismo y en las mismas hectáreas.

Aquí tenemos 170.000 hectáreas para producir leche. Con 3.500 litros por hectárea no haría falta utilizar ningún tipo de pienso. Es decir, que lo que estamos comprando a estas multinacionales nos lo podríamos ahorrar.

Nosotros, desde el Sindicato, apostamos por una ganadería familiar desintensificada, con una media de 120-140.000 litros de producción, e incluso mejor sí se llega a los 170.000 litros, conservando así los puestos de trabajo que hay en estos momentos. Recordemos que esa cantidad de litros aporta más de ocho millones de pesetas a cada familia, a lo que hay que restar los gastos y sumar los terneros que se vendan. Pero, para ello, tenemos que resolver antes el problema de la falta de terreno y el costo que ha adquirido el suelo.

Cuando hablamos de la desintensificación en ganadería, no se pretende volver atrás, a trabajar el doble, sin nada de maquinaria y todo eso... sino,

partiendo de que la cuota es un bienpreciado y escaso, utilizar el pastoreo rotativo y los medios que nos da la tecnología para sacar más rendimiento por cada litro de leche.

La Cornisa Cantábrica tiene mercado en todo el país. Si Cantabria aprovecha sus pastos y la imagen que tiene, podrá afianzar una cota de mercado importante.

■ Entre los asistentes a las jornadas estaban algunos ganaderos que hace unos años tenían producciones en base a hierba de alrededor de 170.000 litros y que pasaron a intensificar su producción. Ahora mismo, ante los problemas que les van surgiendo, tienen una alta fragilidad y se ven solos y ahogados por el dinero que deben al banco. ¿Qué podemos decir de esta situación?

A.M.: Sí, lo sabemos. Efectivamente, se está potenciando que el productor pequeño compre un carro mezclador, semillas transgénicas, piensos energéticos, mejora genética, hormonas BST, etc.; y el productor espera que al aumentar la producción haya más ganancia, pero lo que ve es que la mayoría de las ganancias se van en los nuevos gastos que ha incorporado.

Este cambio de modelo de producción está beneficiando a unos pocos que quieren entrar en el pastel de la producción agraria. Y es que una explotación familiar no da beneficios a nadie externo, pues el verde lo sacamos de nuestras fincas. Entre las 22 pesetas que cuesta producir un litro de leche en una explotación familiar basada en verde y las 38 de una explotación intensiva, hay 16 pesetas de diferencia, que son las que tratan de conquistar las multinacionales.

■ En Cantabria, el acceso a la tierra se puede empezar a poner complicado a partir de ahora. ¿Qué efecto puede tener esto en la instalación de campesinos jóvenes?

A.M.: La ley del suelo de Cantabria sólo protege a aquellos que quieren edificar. Esto supone un gran problema, ya que el valor de la tierra está muy alto por estar dedicado a la construcción, mientras una familia de ganaderos no tiene las fincas necesarias para producir para vivir.

■ En relación con todo este proceso que se está dando en Cantabria, ¿qué pueden hacer las distintas administraciones?

A.M.: Frente a este proceso se deberían hacer estudios de mejora de pasto por parte de la administración, que es la que debe buscar la mejor manera de explotar la tierra que tenemos a nuestro alcance. Además, también debe potenciar el consumo del producto propio y que se explote de una manera eficaz, conservando el mayor número de puestos de trabajo dentro de la región.

Por otra parte, en la mano de la administración está también el solucionar el problema de las primas a la cebada, alfalfa, maíz, etc... ya que hacen que los precios de estos productos sean tan bajos que se abandona el pasto o se mete una carga ganadera muy alta. Aparte de que supone un claro ejemplo de fomento del modelo no basado en hierba, permite que, el día que se quiten las ayudas a las vacas nodrizas, los pastos que hoy ocupan se pierdan.

Por otra parte, hay que recordar todo lo que decíamos de las empresas que compran la leche. La administración debería limitar esa forma de tratar a los ganaderos. ¿Cómo puede conseguir esto? Por ejemplo, a través de las ayudas estatales a empresas y organizaciones que se supone deberían beneficiar a todos. ¿Cómo es posible que una industria láctea, como la SAM, que recibe ayudas públicas, siga luego pagando al productor por debajo del mínimo estipulado? En concreto, esta fábrica está pagando a los ganaderos de San Pedro del Romeral todavía a 32 pesetas, en vez de las 42 fijadas como mínimo.

De la administración depende, en general, el impulso por el modelo de producción. Y ante esto, las cifras: si todas las explotaciones de producción de leche fueran familiares, de unos 25.000 millones de pesetas que se producen en Cantabria (con la leche a 45 pesetas por litro), quedarían algo más de 12.500 millones de pesetas de beneficios manteniendo 4.200 granjas de unos 125.000 litros por año; sin embargo, con una producción intensiva, la cuota de 540.000 toneladas de leche sólo nos dejaría 4000 millones de pesetas, con lo que se mantienen 1.250 puestos de trabajo con explotaciones de 380.000 litros de producción.

Y, por último, qué decir de la nueva ley del suelo...

■ Por otro lado, está más o menos asentado un movimiento cooperativista en Cantabria; ¿qué papel están teniendo en todo este proceso?

A.M.: Al igual que la administración, las cooperativas deberían animar al productor a utilizar los recursos de la tierra. Sin embargo, la triste realidad que tenemos en Cantabria es que el 70% de las cooperativas aplican la misma política de primas de volumen que las multinacionales, lo que supone que al más pequeño le cobran más por los piensos y le dan menos por su leche. Todo bajo el argumento de la competitividad.

Las cooperativas declaran tener éxito. Nosotros decimos que tienen éxito pero adaptándose totalmente a la situación. No están haciendo nada por revertir todas las cuestiones de las que estamos hablando; es más, ellos mismos aceleran la selección de los más fuertes.

Las cooperativas acumulan oferta y demanda para beneficiar la entrada de las multinacionales a vendernos y a que les vendamos. Entonces, sacan beneficio de subirse al carro de todo este proceso del que hablamos, porque las cooperativas de Cantabria van mucho mejor que la ganadería familiar.

La fórmula cooperativa en sí es muy interesante, pero se necesita tener las cosas muy claras para no dejarse llevar por la corriente.

¿Un socio, un voto? Pues sí, pero las cooperativas se constituyen con capital suficiente para prescindir del capital del socio, con lo que el voto no tiene valor. No se reparten dividendos, no se aumentan capitales. ¿Me explico?

Al final, se reducen a puros almacenes donde la conciencia social es baja y hay socios de todo tipo: los que se suben al carro del productivismo, los que son avasallados por estos...

■ Los objetivos que presentáis parecen bastante interesantes. Sin embargo, ¿con qué estrategia pensáis acercaros a estos objetivos en una región como Cantabria?

X.R: En este eje relativo a los modelos de producción, las organizaciones de la Vía Campesina compartimos una estrategia de teoría y acción. Trata-

mos de compatibilizar la crítica y las reivindicaciones con el desarrollo en nuestras propias granjas de un modelo que aproveche las nuevas tecnologías pero que sea sustentable, a pesar de que, a medida que pasa el tiempo, esta palabra cada vez dice menos: se aplica lo mismo al que produce echando ochenta kilos de nitrógeno que al que echa ochocientos.

Además, yo creo que la situación nos exige un cambio de orientación. Con poblaciones agrarias en torno al 3-8%, está claro que en los temas de alimentación, producción agraria y medio rural, toda la sociedad va a tener que dar la batalla. En otros países donde los campesinos son mayoría podrán hacerlo pero aquí, apareciendo solos somos débiles en nuestras propuestas y, además de débiles, divididos. Por tanto, las circunstancias nos obligan a encontrarnos, productores y consumidores.

A.M.: Sí, en este sentido, desde nuestra organización, estamos elaborando una propuesta de trabajo conjunto entre productores y consumidores. Ya hay experiencias en otros países donde el campesinado se compromete a producir con calidad y, a cambio, el consumidor paga un poco más alto, prescindiendo de la administración. Es decir, la estrategia de venta es dejar de lado todos los intermedios, las grandes superficies, etc., y crear unas marcas de las que es responsable el que produce. Es una propuesta hecha desde COAG y que se llama contrato social.

X.R.: Y otro dato importantísimo: según datos de la Organización Mundial de la Salud, en el año 2000 unos ciento treinta millones de europeos sufren algún tipo de enfermedad de origen alimentario: déficit de yodo, obesidad, enfermedades cardiovasculares y cancerosas. ¿Realmente se puede pensar que la sociedad puede dejar de tratar este tema en serio?

A.M.: En ese sentido, desde Cantabria, también vemos esencial llegar a conectarnos los productores con los consumidores. Esa coalición social es la única forma de superar el hecho de que las empresas nos compren y nos alimenten como quieran.

■ El ganadero de Cantabria a menudo renuncia al aspecto político y cree que la solución a los problemas de los productores vendrá tan sólo de avances técnico-productivos. ¿A qué cree que se debe?

A.M.: Como muchos sectores de nuestra sociedad, los ganaderos relacionan la política con los políticos. Además, los ganaderos hemos sido muchas veces convocados, llamados y aconsejados por gente que no pertenece al mundo ganadero y que, posteriormente, no nos ha tratado con respeto ni coherencia. Esto es importante tenerlo en cuenta para entender un descreimiento y recelo muy extendido en la Cantabria rural.

■ Por otra parte, el movimiento campesino está aportando aire fresco en todo el mundo. Antes, un sindicato pedía mejoras para los trabajadores: aumento de sueldo, rebaja de horas de trabajo; sin embargo, el movimiento campesino al que pertenecéis, a la vez que critica las políticas institucionales, desarrolla e impulsa un modelo de agricultura coherente con todas sus demandas. Un ejemplo cercano donde esta estrategia está asentada es Francia. ¿Cómo extender esa vía doble en territorios tan deprimidos anímicamente como Cantabria?

A.M.: Nosotros en el campo nos encontramos con problemas parecidos a los que se encuentran en la ciudad. Antes, cuando yo era joven, íbamos juntos a una fiesta catorce o dieciocho chavales; ahora, cada uno marcha en un coche. Por la noche, quedábamos todos juntos para comer el bocadillo; ahora, llegas a casa y un chiquillo se va a un rincón a comer mientras ve la televisión. Es decir, hay una disgregación alta, una individualización creciente. Y a nosotros se nos suma el fenómeno del envejecimiento de la población. Contamos con poca gente con fuerza y proyectos en el sector. Eso realmente pone nuestra tarea muy difícil.

■ Sí, en el marco de unas jornadas de desarrollo rural querríamos preguntaros qué visión tenéis de este concepto, cómo creéis que debe articularse el desarrollo de las zonas rurales, tanto aquí como en el resto del mundo.

X.R.: Sí, no acabé antes de comentar todos los ejes del discurso actual de la Confederación Campesina. El resto de los ejes hacen referencia a cuestiones como el fomento de mercados locales, la eliminación de las diferencias entre los criterios de calidad para productos industriales y artesanales, la prohibición de producir e importar productos transgénicos, y la necesidad urgente de un planteamiento distinto y desde la base a la

hora de hablar de desarrollo rural. Este último tema ha sido definido como segundo pilar de la Agenda 2000, aunque representa tan sólo el 10% de los fondos y su filosofía es para nosotros radicalmente errónea.

Después de estudiar los documentos, es imposible obviar que el desarrollo rural está pensado para reparar algunos de los efectos desastrosos del 90% del presupuesto restante. Nosotros recordamos que, ante las imágenes bucólicas de las revistas y las ferias, se esconde la desertización del campo por un modelo que acaba con los campesinos. Y los presupuestos para la diversificación, tal y como se entiende desde estos programas, fracasan totalmente a la hora de mantener un mundo rural vivo. No dan abasto.

No quiero ser pesado, pero, frente a este discurso, nosotros defendemos una agricultura campesina, cuya producción se apoye en la existencia de campesinos, que es nuestra cultura, nuestro medio rural, con efectos positivos en la alimentación de todos, en nuestro medio ambiente, en la posibilidad de un turismo con contenido y no de recreación. Así es como entendemos el desarrollo de las zonas rurales.

Simplemente, puedo decir que, nosotros, las personas que trabajamos y vivimos en el campo, no queremos peajes campesinos para los paseos de las personas del medio urbano; queremos campesinos que, para producir, tengan que mantener su territorio.

■ ¿Creéis que es demasiado tarde para conseguir revertir el despoblamiento rural o, por el contrario, que estamos a tiempo?

X.R.: En referencia a si es demasiado tarde para evitar que la gente marche de nuestros pueblos, yo creo que nunca es tarde para nada. Partimos de que para conservar un medio rural vivo es necesario mantener a las personas viviendo en ese medio; sin embargo, yo creo que no tienen que ser, única y exclusivamente, hijos o hijas de ganaderos los que se queden. El efecto, por ejemplo, de una buena política en Bretaña llevó a que gente de París se incorporara a explotaciones agrarias en esa zona.

Entonces, en primer lugar, hay que luchar para concienciar de la importancia de un mundo rural con multifuncionalidad positiva; y en segundo

lugar, presionar para que ese presupuesto que hay se adecue para crear condiciones estructurales y no para crear *dumping*. Si fuera así, tendríamos otro tipo de alimentos y gente en el medio rural.

También hay que recordar que, a parte de la necesidad de una remuneración, también debe haber una oferta de servicios que permita a la gente vivir dignamente, pues muchas de las personas se marchan por tener que desplazarse para todo: para ir a la escuela porque quedan poco niños y los han llevado a treinta kilómetros; para ir al médico, a la biblioteca, al cine. Si tienes un viejo en casa, o te despidas de él o tienes que estar todo el día en casa, porque faltan experiencias como las de las zonas urbanas o zonas rurales de Suiza y el norte de Portugal, donde hay centros de día para los mayores mientras sus familias trabajan.

■ ¿Os gustaría añadir algo más?

X.R.: Sí, ya para terminar, querría reiterar una idea para toda la gente -de la ciudad y del campo- que la lea. En el primer mundo, por la versión de progreso que toda la sociedad aceptó, el campesinado se ha ido reduciendo drásticamente en las últimas décadas; a eso se suma que el grado de implantación del modelo productivista es bastante alto. El resultado es que el número de campesinos es bastante pequeño y su capacidad de presión, igual. Por eso, en la Vía Campesina, tenemos claro la necesidad de que los productores nos encontremos con los consumidores a la hora de defender un modelo de alimentación, un modelo de agricultura, positivo para toda la sociedad.

Nada más, muchas gracias.

A.M.: Sí, por nuestra parte, a la población urbana y rural de Cantabria, el mismo mensaje. Partiendo de que consumidores somos todos, tenemos que trabajar en estos próximos años para encontrarnos. Los ganaderos han de seguir con la producción de alimentos en cantidad y calidad suficiente. Tenemos que recordar que ha habido productos y épocas en las que esto ha funcionado. La clave estaba en que en las casas de los ganaderos se comía lo mismo que se dedicaba a la venta, y eso es una garantía clara.

Además, tenemos que recordar que la agricultura y la ganadería deben ser valoradas también como pilares de nuestra cultura; son importantes tanto para los que vivimos en los pueblos como para los que viven en las ciudades.